



Augusto

El día que César fue asesinado, su sobrino Octavio, después llamado Augusto, no había cumplido aún diecinueve años. Hallábase entonces en Apolonia, pequeña ciudad universitaria del Adriático que no tenía precisamente reputación de centro de alta cultura. Es probable que el móvil que había llevado a Octavio y otros jóvenes romanos a Apolonia no fuese sino el deseo de perfeccionarse en la pronunciación del

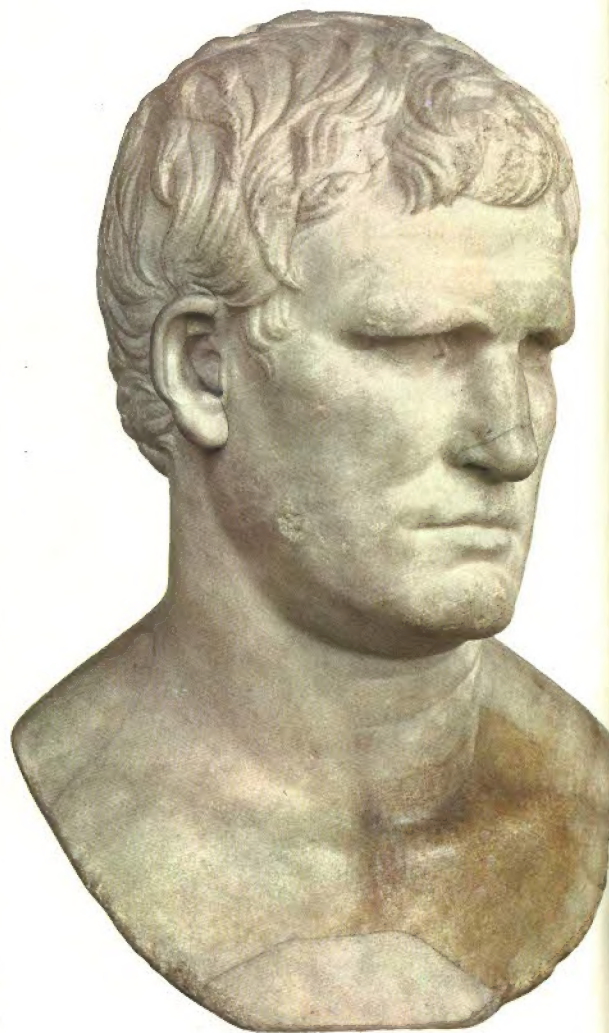
griego, que ya habían empezado a aprender en Roma. Los antiguos mencionan a varios maestros de Augusto: todos son griegos. El filósofo pedagogo ya no era un lujo en Roma, como en los tiempos de Escipión, y como Octavio tenía fortuna personal, heredada de su abuelo, que había sido usurero rural en Veletri, podía muy bien mantener a sueldo en Roma varios maestros.

De todos modos, poco tiempo le queda-

El foro de Augusto, donde fue levantado el templo de Marte (columnas corintias). Los actos oficiales, que hasta Augusto se habían celebrado en el foro romano y en el Capitolio, continuaron celebrándose aquí. El recinto, hoy arruinado, fue un día corazón del Imperio.

ría para aprender. Octavio había acompañado a su tío en las guerras de España y Cartago, acorralando a los pompeyanos, y en Apolonia, donde estaban acuarteladas varias legiones, dispuestas para la gran expedición que César preparaba contra el Asia, tampoco encontraría Octavio la paz indispensable para la meditación filosófica, que constituía y constituye aún la verdadera educación. De esto Augusto hubo de resentirse toda la vida, y es lo que más le distingue de Alejandro. Augusto carece del romántico encanto del discípulo de Aristóteles, y no sólo porque sea de otra raza, sino porque Alejandro se siente siempre arrastrado por fuerzas espirituales, mientras que Augusto maneja los negocios como un hombre sincero, de talento claro, pero sin imaginación. En esto César es también superior a Augusto y más parecido a Alejandro; no hay duda que César debió aprender en las escuelas de Rodas, en los años en que las frecuentó, el desprecio por las cosas pequeñas y la facultad de planear en grande, que sólo se obtienen con una disciplina metafísica y una vida interior.

Al llegar a sus manos la carta de su madre en que le anunciaba el asesinato de César, Octavio tomó la resolución de partir para Italia. Le acompañaron algunos camaradas de escuela, sobre todo Agripa y Mecenas, que en adelante estuvieron asociados a sus empresas. Al llegar a Roma se encontró con que un general de César, llama-



Marco Vipsanio Agripa, amigo de juventud de César Octaviano y posteriormente su mejor general (Museo del Louvre, París). Él fue quien hizo desaparecer de la escena política a Pompeyo y quien derrotó a Antonio en Actium. Octaviano lo unió a su familia dándole por esposa a su hija Julia. Tanto en las provincias como en Roma fue siempre digno de la confianza en él depositada.



do Antonio, se había erigido en vengador. Contaba Antonio con un ejército y, siendo como era cónsul, dominaba la situación. Los asesinos de César se habían dispersado, faltos de fuerza para restaurar la República aristocrática, que era el propósito aparente de la conjura y la muerte del dictador.

Sorprende la habilidad con que el joven Octavio supo actuar en aquellos momentos difíciles. Comprendió que él, sobrino e hijo adoptivo de César, no podía esconderse como un simple ciudadano ni tan sólo permanecer neutral.

Octavio vendió todos sus bienes y aun



Relieve en yeso, firmado por Popilius Albanus, que conmemora la victoria lograda por Augusto sobre Antonio en Actium (Museo de Bellas Artes, Boston).

pidió prestado para pagar al pueblo los legados de César y contratar soldados, que afluían a él en masa. Los veteranos reconocían en Octavio al hijo del dictador, porque les pagaba mejores sueldos que Antonio; éste ha sido clásicamente descrito como un hombre que no cree que la disciplina pueda basarse más que en la obediencia ciega y los castigos. Hoy se tiende a rehabilitar a Antonio, suponiéndole capaz de anticiparse a pensar en la división del Imperio romano, separando las provincias orientales y creando una segunda capital en Alejandría, con Cleopatra como reina y él como príncipe consorte, pero el asunto sigue presentando aspectos de melodrama. Lo positivo es que Octavio, después de haber aparentado, primero, que estaba al lado del Senado, y más tarde al lado de Antonio, al cabo de catorce años se desembarazó de ambos y se encontró a la cabeza del estado, con la tremenda responsabilidad de reorganizar el mundo antiguo, descompuesto por guerras civiles, revoluciones y odios seculares.

Entonces fue cuando, según Dion Casio, hubo de celebrarse la conferencia de Octavio con Agripa y Mecenas, para aconsejarse con éstos sobre lo que debía hacer, si mantenerse en el poder o retirarse, para que pudiera surgir espontáneamente el gobierno que necesitaba la República. Los tres camaradas de Apolonia eran de la misma edad, algo más de treinta años. Mecenas era noble y de gustos refinados; Agripa, plebeyo, era sobre todo un soldado leal, generoso, bravo y tenaz como ninguno.

Las razones que tuvo Agripa para aconsejar a Octavio que abandonara el poder son las siguientes: "Hemos luchado en nombre de la libertad; si no nos retiramos ahora, creerán que la fortuna nos ha hecho perder la cabeza. No sólo no haremos felices a nuestros conciudadanos, sino que nos haremos infelices a nosotros mismos... Ya ves en qué lamentable situación se hallan los asuntos de la ciudad, y los de nuestras provincias y aliados. ¿Dónde encontraremos el dinero necesario para pagar a los soldados y resta-

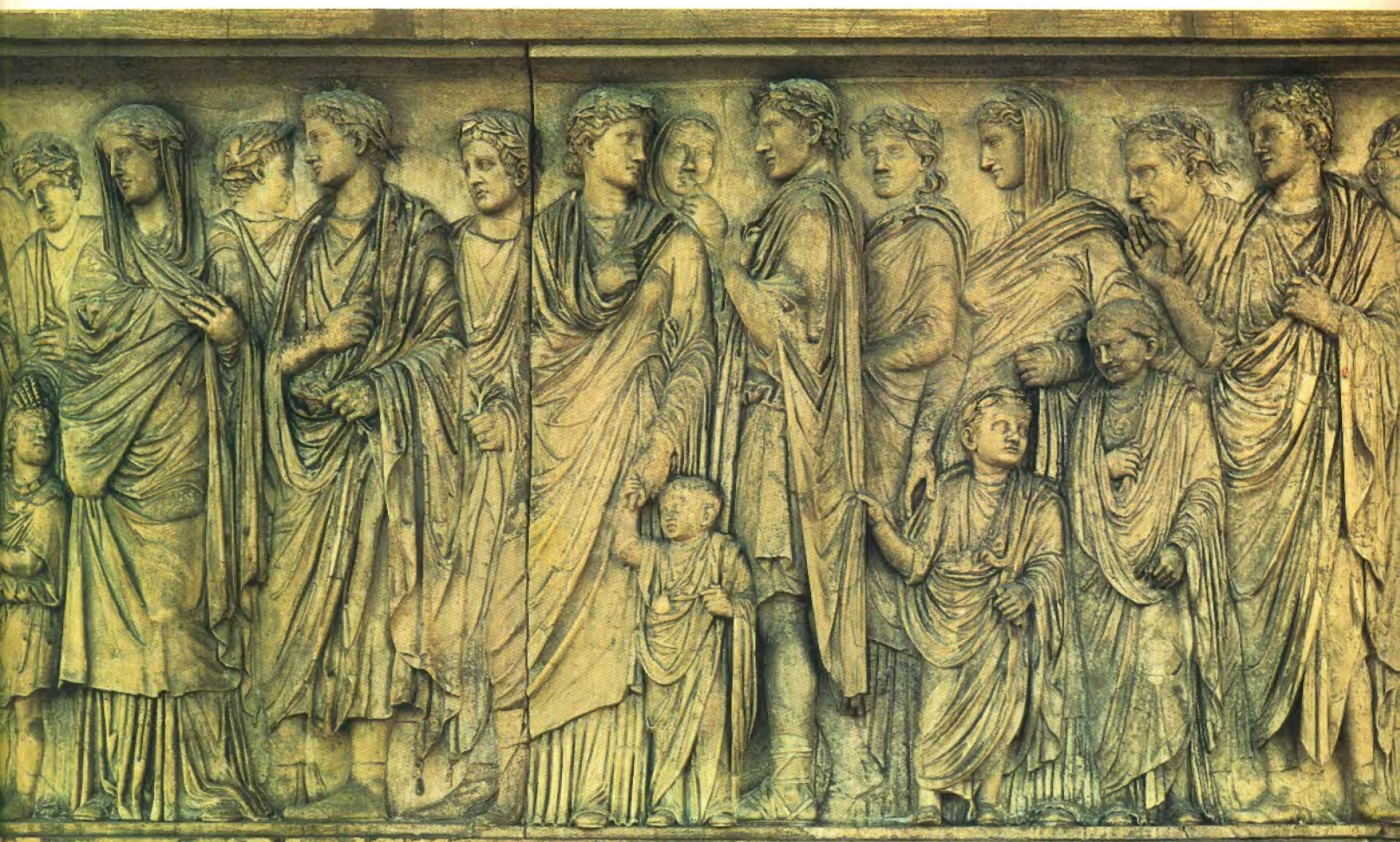


Camafeo de Augusto enmarcado en una montura medieval (Gabinete de Medallas, París).

blecer el orden?... Hay muchas cuentas antiguas por saldar y tendremos que castigar a muchos senadores que nos han hecho todo el daño posible. Finalmente, tu salud, Octavio, es precaria: el que gobierna tiene que pasar por infinitas penas, temores, trabajos y alegrías..., oírlo y verlo todo y a todas horas...”.

En cambio, Mecenas aconsejó conservar el poder por el bien del estado: “Dar la autoridad al populacho es lo mismo que entregar un cuchillo a un niño o a un loco. La cacareada libertad conduce a la esclavitud de los mejores. No pienses tampoco que te aconseje oprimir al pueblo ni al Senado. Ni yo me atrevería a proponerlo ni tú a ejecutarlo. Pero será mejor para ti y para el estado que tú mismo propongas las reformas con el consejo de los más dignos, y que tú, con ellos, prepares el gobierno y los demás obedezcan. Por fin, será bueno que tú y tu consejo nombréis los oficiales de la administración y determinéis sus honores y castigos. Así las guerras serán justas y no por disputas civiles. Roma es como un buque que lleva a bordo gentes de todas las razas, y ha navegado sin piloto y sin lastre durante muchos años. Sus tablas están podridas y no resistirá otro temporal. Los cielos se han apiadado finalmente de nosotros y te han puesto a ti como capitán y jefe. Yo





te conmino a que no hagas traición a tu patria; si le eres fiel, vivirá todavía una nueva era”.

Mecenas no sólo discurrió así, en tono elevado, sino que descendió a proponer detalles de la nueva organización, que fueron en su mayoría aceptados por Octavio. Mecenas y Agripa, los dos fieles ministros de Augusto, le ayudaron no sólo en la obra de restaurar la administración, sino que además dieron prestigio a su amigo y señor con iniciativas artísticas y científicas: éstas han contribuido a dar al gobierno de Augusto un resplandor parecido al de Pericles en Atenas. Hablamos hoy de un siglo de Augusto, de una época de Augusto, como de un período de alta civilización. Agripa se preocupó más de los conocimientos geográficos. Hizo componer un mapa del Imperio, para el que construyó un elegante pórtico en cuyos muros pudiera grabarse. Abrió numerosas vías de comunicación y levantó acueductos. La famosa *Agua Virgen*, que es la más excelente de todas las que todavía afluyen a Roma, fue canalizada hasta la ciudad por Agripa. Construyó en Roma unos baños o termas, de los que subsiste todavía,

más o menos modificada, la sala central, con el nombre de panteón de Agripa.

Por su parte, Mecenas se distinguió protegiendo a escritores y artistas. Los nombres de Virgilio, Horacio y Propertio han quedado asociados al de Mecenas, que en todas las lenguas es sinónimo de protector y amigo del arte. Tenía una magnífica residencia en el Esquilino, y una esposa, Terencia, agradable y hermosa, con la que Augusto se complacía en conversar. Horacio llama a Mecenas “refugio y decoro mío”.

Otra persona cuyo nombre podríamos poner entre el de los colaboradores de Augusto es su esposa Livia, a quien los historiadores antiguos acusan de haber intervenido con sus consejos, y hasta con la acción, en los negocios del estado. Augusto había contraído su primer matrimonio con una viuda de más edad que él, llamada Escribonia, y de ésta tuvo su única hija, Julia. Pero hacia los veinticinco años hubo de experimentar un amor furioso por Livia, la cual estaba casada, tenía ya un hijo y esperaba otro, dentro de pocos meses, de su legítimo esposo Tiberio Nerón. El divorcio y el matrimonio se llevaron a cabo con pleno

Detalle de los relieves del Ara Pacis Augustae, altar que el Senado mandó erigir a la diosa de la paz el año 13, al regreso victorioso de España del emperador Augusto. Los personajes aquí representados son miembros de la familia imperial, entre los que destaca Livia, primera a la izquierda, investida de solemne majestad. En otros lugares del relieve aparecen senadores, vestales y sacerdotes que acompañan al emperador en su sacrificio.

AUGUSTO, ARQUITECTO DEL IMPERIO

Hombre positivo, Augusto sintió el orgullo del buen gobierno y consideró que la ordenación y organización de un imperio era superior a su conquista. Esto fue lo que hizo en el transcurso de su largo reinado, construyendo un edificio de gobierno práctico en el que supo conciliar admirablemente la fidelidad con la tradición y la realidad de las nuevas exigencias, si bien conservó cuanto pudo de las antiguas instituciones, remozadas, eso sí, profundamente en sus funciones, aunque todo ello informado incluso en el terreno más concreto, el de la administración, por su genial motivación de coexistencia de la monarquía con la república. Quinientos años de espléndida supervivencia de un organismo que parecía estar próximo a su fin demuestran la validez de las soluciones de Augusto, en especial de la sólida base administrativa que salvaguardó durante siglos al Imperio incluso de las crisis que sacudieron al propio poder imperial.

El punto más delicado de esta adaptación lo presentó, sin duda, el Senado. Desde antiguo, régimen republicano y régimen senatorial eran una misma cosa y el Senado como jerarquía coincidía con la parte más elevada y calificada de la sociedad. Ahora bien, la misma ficción legal de la monarquía efectiva tras la fachada de una república tenía como protagonistas reales al príncipe y los senadores. Las relaciones entre ambas constituyeron la más importante conexión política en el nuevo estado y la calidad —buena o mala— de estas relaciones dio la característica fundamental a cada uno de los reinados y grabó la tradición con rasgos imborrables. Al subsistir la República, Augusto mantuvo el Senado y el orden senatorial; no podía destruir la aristocracia. Pero la insertó en su sistema, confiándole la más alta colaboración: una colaboración en la que los mismos senadores estuvieran interesados y no se sintieran humillados. Augusto permitió que en esta colaboración tuviera papel sobresaliente el aspecto administrativo, asegurando al Imperio los

servicios de hombres de primer orden, sin peligro, por el momento al menos, para la autoridad del monarca.

El Senado continuó siendo el cuerpo de los magistrados. Augusto lo expurgó directamente y lo controló indirectamente mediante el sistema de las calificaciones para ingresar en él. La fijación de un censo mínimo y la modificación de las elecciones de los magistrados, realizadas todavía por los comicios, pero influidas en realidad por las recomendaciones imperiales y disciplinadas después con la introducción de un procedimiento restrictivo de designación, determinaron prácticamente la fisonomía del nuevo Senado, al que podía llegar, junto a la antigua nobleza urbana, “la flor de las colonias y de los municipios”. Perdida la dirección política, el Senado como cuerpo vio acrecentadas en cierto modo sus funciones legislativas al otorgar valor de leyes a los *senatus consulta*; sus funciones judiciales al ser tribunal supremo para sus miembros y de apelación y, por último, sus funciones electorales al disminuir la competencia de los comicios. Conservó la responsabilidad de la administración de Roma y de Italia. Augusto siempre demostró formal deferencia al Senado, pero nunca se expuso al riesgo de discutir con él sin preparación previa, sino que se valió de un comité senatorial restringido, el cual, al fundirse después con el consejo de los *amici principis*, dio lugar al *consilium principis*, institución completamente imperial.

Más que como conjunto, el Senado tuvo importancia por los cargos de sus miembros: magistrados de antiguo nombre republicano —cónsules, pretores, ediles, tribunos de la plebe, cuestores— que continuaron con misiones efectivas e importantes (en especial los pretores) y siempre honoríficas; funcionarios sobresalientes en los cargos edilicios; comandantes militares y gobernadores de las provincias. Todos estos personajes, en el sistema augústeo, salieron en máxima proporción del Senado.

Para resolver el problema de un reajuste completo del gobierno práctico, no bastó con esta sensibilización administrativa de la única y antigua armazón política. Mantenida y perfeccionada la ya existente jerarquía de los oficios inferiores (*escriba, apparitores*, etc.) y utilizado el propio personal de su casa, Augusto creó como novedad el orden ecuestre. A los caballeros, que formaron el segundo orden, no hereditario, de la aristocracia y estaban menos ligados a la tradición y más a su persona, Augusto les encomendó misiones delicadas: el mando de la guarnición de Roma (*praefecti praetorio*); el de las fuerzas de policía (*praefectus vigilum*); el del sistema de aprovisionamiento (*praefectus anona*); el de la provincia especial, Egipto (*praefectus Aegypti*), y de las legiones allí estacionadas; el de la flota. Además, les asignó importantes funciones financieras para la administración de su propio patrimonio y para las finanzas del estado, acumulando en ellos funciones jurisdiccionales y mando militar. Y puesto que el acceso al orden ecuestre exigía el servicio militar efectivo en mandos inferiores y duros, como eran los de las unidades auxiliares, se aseguraba la calidad de los hombres, que no importaba fueran de baja extracción.

En este sistema, asentado sobre órganos ejecutivos dirigidos a la única fuente deliberante, el príncipe, las asambleas populares carecían de importancia práctica. Reducidas desde hacía tiempo a que sólo participase en ellas la ínfima plebe urbana, se habían desacreditado.

Así se articulaba, para la práctica del gobierno, el poder, dirigido ahora a un vértice único. Los riesgos que encerraba la centralización y el consiguiente paternalismo aparecerían más tarde. Por el momento, la fuerza omnipresente de aquel poder, la eficacia del control sobre todos los grados del sistema, todavía no burocrático, y la robustez de las autonomías locales mantuvieron el equilibrio.

A. G.

consentimiento de las partes interesadas. Tiberio Nerón, hombre ya entrado en años, fue padrino de boda y cedió su joven esposa a Augusto. Al nacer el niño que esperaba Livia, fue mandado a su padre, que consigo tenía ya al hijo mayor. Ambos muchachos, al quedar huérfanos, fueron adoptados por Augusto; el mayor, llamado Tiberio, sucedió a Augusto en sus cargos; el otro, el predilecto, es Druso, que murió como digno romano en un campamento de Germania.

Así la familia se componía de Augusto y Livia; de la hija de Augusto con Escribonia,

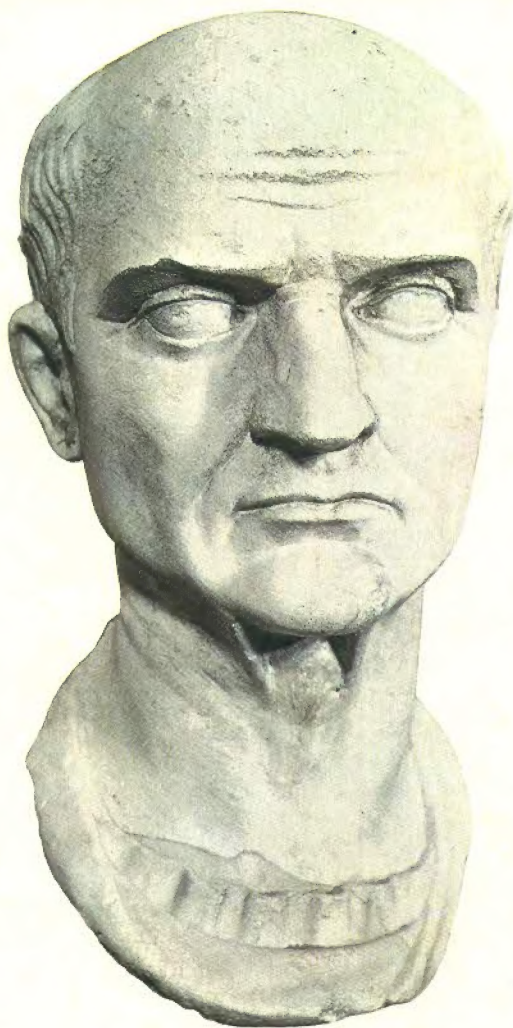
llamada Julia, y de los hijos que tuvo Livia de Tiberio Nerón. Augusto casi obligó a Julia a casarse con Agripa, y de esta unión nacieron dos niños que eran adorados por su abuelo. Tiberio casó con Agripina, hija de Agripa y de su primera esposa. Druso unióse con la hija de Antonio, que Augusto había adoptado después del trágico fin de Antonio y Cleopatra.

La unión de Augusto y Livia no fue fecunda; pero, a pesar de esto, Livia, que era muy hermosa, consiguió gran ascendiente sobre su marido. Es natural que Augusto,

enfermizo y de vejez prematura, agradeciera la fidelidad y los solícitos cuidados de su consorte, pero además Livia representaba la vieja tradición patricia en su mejor aspecto y esto debía de fascinar a un hombre como Augusto. Perteneciente a la ilustre familia de los Claudios, bisnieta por parte de padre y madre de Apio Claudio el Ciego, Livia llevaba en la sangre la voluntad y el espíritu del viejo censor. Es fama que, para dar ejemplo, Livia tejía la lana con las mujeres de su casa mientras Augusto educaba a Tiberio y Druso en otro ángulo de la modesta mansión que la familia ocupaba en el Palatino.

Es muy probable, pues, que Livia fuese la inspiradora de las medidas con que Augusto trató de resucitar la antigua moral republicana. Los castigos contra el libertinaje y el adulterio, las multas a los solteros y a los matrimonios sin hijos figuran entre lo más importante de la legislación romana en la época de Augusto; la *lex Julia, de maritandis*, de Augusto, otorgaba no pocos derechos a los que tenían hijos e imponía restricciones civiles a los que se negaban a formar una familia, dando facilidades para concertar casamiento aun contra la voluntad de los padres.

Paralela a la ley *de maritandis*, Augusto



Cayo C. Mecenas, amigo y hombre de confianza del futuro Augusto, en cuyas manos dejaba el emperador el gobierno de la ciudad cuando se ausentaba de ella (Museo de los Conservadores, Roma). Posiblemente su labor política no le hubiera dado la fama que tiene si no hubiese unido a ella la ayuda a los grandes poetas Horacio y Virgilio. A quienes después de él han ejercido la misma labor de protección artística se les llama "mecenas".

Relieve del templo del Genio de Augusto, en el foro de Pompeya, en que aparece el emperador ofreciendo un sacrificio. A su derecha, el sacrificador espera la orden de inmolar al toro, cuya sangre aplacará a los dioses.





Ruinas del templo de César divinizado que Augusto mandó construir en el foro romano a la memoria de su padre adoptivo, en el mismo lugar en que fue incinerado el cadáver del dictador.

promulgó una *lex Julia, de coercendis adulteriis*. Esta ley tendía a restaurar costumbres bárbaras, patriarcales, completamente anacrónicas. El marido tenía derecho a matar al amante de su esposa y aun a la esposa si los sorprendía *in fraganti* en la propia casa. Si el esposo o el padre renunciaban a este derecho, al cabo de sesenta días cualquier ciudadano romano extraño a la familia podía acusar a los adúlteros, y las penas impuestas por la ley eran destierro, confiscación de bienes e imposibilidad de contraer nuevo matrimonio. Las culpas por *lenocinium* y *stuprum*, y las mil maneras de encubrir las, eran castigadas más duramente.

El propósito era bueno; así lo debía de creer Augusto, y Livia, hilando la lana, tam-

bién pensaría que, con unos cuantos años de esta disciplina moral, Roma volvería a tener hombres del temple de Apio Claudio, Escipión Africano y el viejo Catón. Mal van las cosas, sin embargo, cuando estos hombres tienen que formarse con leyes. Pero obsérvese que la ley cargaba sobre los que tenían algo que perder: riquezas, derechos, honores... Y además, si el hombre tenía, por la *lex Julia, de adulteriis*, facultad de castigar a la esposa infiel, en cambio, las mujeres no tenían ningún derecho sobre los hombres, y éstos eran, por lo menos, tan culpables como ellas.

Simultáneamente debía ponerse gran empeño en hacer revivir la fe religiosa, restaurando lo más sagrado del viejo culto ro-



Anverso y reverso de un áureo de Augusto con la efigie e inscripción del emperador (Cabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). Para cubrir los numerosos gastos del Imperio, sobre todo el ejército profesional, Augusto mandó acuñar a su nombre monedas de oro y plata. El Senado, a su vez, hizo moneda fraccionaria de cobre.

mano. Augusto reedificó el templo de Júpiter en el Capitolio, construyó el de Marte, rodeado de pórticos, cerca del foro, y el gran templo de Apolo, con bibliotecas, en el Palatino, conjunto monumental del todo desaparecido. Además, completó la basílica de César y levantó otras construcciones magníficas en honor de su hermana Octavia y su sobrino Marcelo.

Pero nada puede dar mejor idea del esfuerzo que se hacía para restaurar la piedad romana como los ritos con que Augusto y sus colaboradores trataron de impresionar al pueblo, resucitando la costumbre de los juegos seculares. Se celebraban, o debían celebrarse, cada ciento diez años, lo que constituía una era, pues en ciento diez años se estimaba el máximo de duración de la vida humana. Según los cálculos, los juegos seculares hubiesen correspondido al año 49 a. de J. C., pero en aquella fecha se había desencadenado la guerra civil entre César y Pompeyo y por esta causa hubieron de demorarse. Augusto decidió que se celebraran el año 18. Parece que actuó de maestro de ceremonias un abogado joven, aficionado a la arqueología religiosa, llamado Ateius.

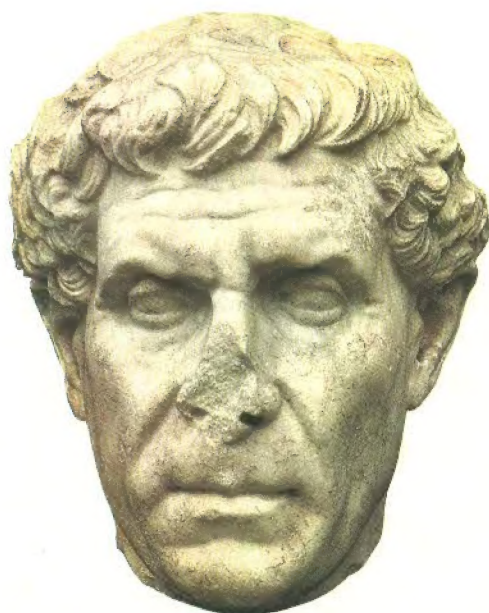
Los juegos seculares eran probablemente de origen etrusco y servían para apaciguar a los dioses infernales. Después de ceremonias propiciatorias que duraron varios días, en la noche del último de mayo, Augusto, seguido del colegio de sacerdotes, se dirigió a la orilla del Tíber, donde se había construido una plataforma para el caso. Allí sacrificó nueve corderos y nueve cabritos, pronunciando la vieja plegaria de monótonas imprecaciones en nombre del *Pópulus* y los *Quírites*, esto es, la nación y los ciuda-

danos. El rito sangriento se repitió por tres noches consecutivas. Durante los tres días, fiestas y juegos atléticos alternaron con las procesiones y los cánticos religiosos. No sólo fue aquello una restauración de un pasado folklórico, sino que se le dio un valor profético de inauguración de una era feliz. El canto o himno que Horacio compuso para estos días es la más sublime exaltación del patriotismo que ha producido la poesía. Doncellas y mancebos debían cantar estrofas dedicadas a los dioses olímpicos, patronos de Roma, contrastando con las graves jaculatorias que por las noches se dirigían a las diosas subterráneas.

Estatua de Augusto, llamada de Prima Porta, en que aparece como emperador (Museo de las Termas, Roma). El príncipe del Senado que en 27 a. de J. C. comenzó a llamarse Augusto y uno o dos años antes de nuestra era recibió el título de Pater Patriae, ha sido representado en numerosas esculturas que lo han idealizado, representándolo lleno de vigor, cuando en realidad era enfermizo y de escasa estatura.



Possible representación de Publio Virgilio Marón, poeta de la época de Augusto, a la que idealiza en sus "Bucólicas" (Glyptoteca Ny Carlsberg, Copenhagen). Su obra cumbre es la "Eneida", donde narra los orígenes de Roma.



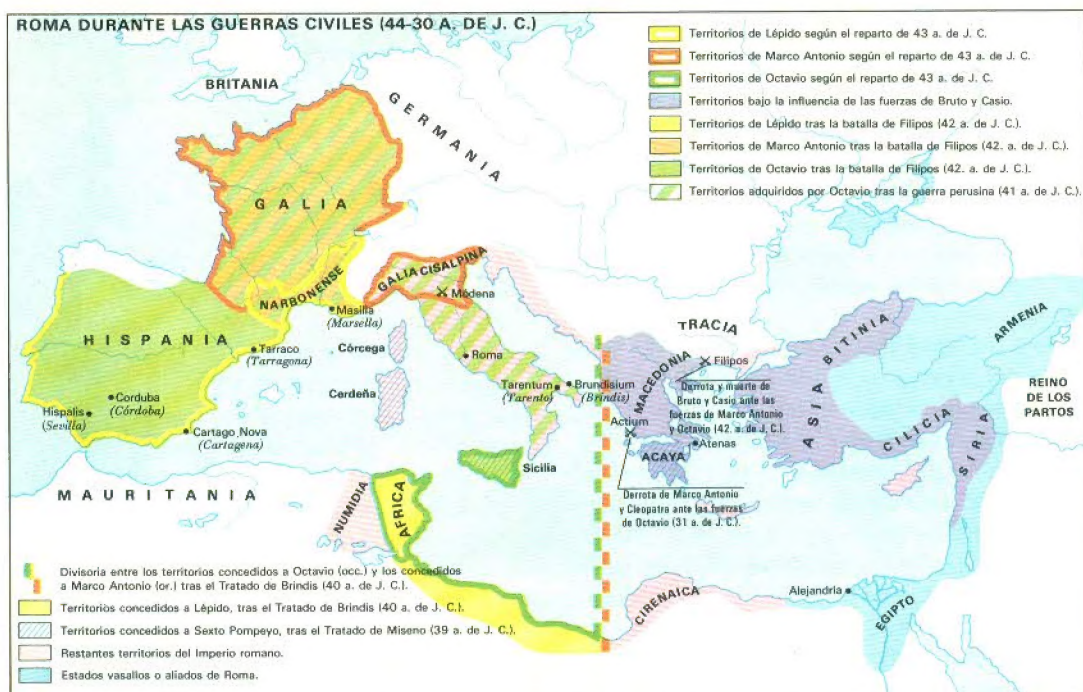
Los mancebos empezaban así su canto: "¡Poderoso Apolo, y tú, silvestre Diana, —por siempre y para siempre veneradas luces del cielo, — acceded a nuestras súplicas en este tiempo—de juegos sacros!...—¡Oh Sol benigno, cuyo carro inflamado—nos trae la luz y nos enciende el día,—que nunca puedas ver nada más grande—que la urbe Roma!"

Las doncellas, aludiendo a las leyes moralizadoras de Augusto, alternaban con estas estrofas: "¡Oh diosa que ayudas en los pactos,—cuando el fruto ha alcanzado madurez,—protégenos, llamándote Lucina—o aca-

so Genital!...—Haz crecer a nuestros hijos fuertes, sanos.—Bendice, oh diosa, la matrimonial ley—y sea una prole abundante y generosa—nuestro sumo bien..." En la otra estrofa dices que así podrán realizarse otros juegos sacros, dentro de otros ciento diez años; luego se hace alusión a Augusto, y a la extensión del Imperio romano, con el medo, el escita, el indo y el albano como vecinos... Y rejuvenecidos todos con esperanzas, volverán a sus casas cantando alabanzas a Apolo y Diana.

Si el *Canto secular*, de Horacio, nos da la faceta musical del concierto de paz y bienandanzas que despertaron los primeros años de la gobernación de Augusto, los relieves del Ara Pacis nos hacen revivir la visión plástica de las comitivas oficiales, con la familia imperial y grupos de sacerdotes y senadores. El Ara Pacis fue inaugurada cinco años después de los juegos sacros. Dentro de un recinto cerrado por un muro, cubierto de relieves, había una simple ara. El monumento, cuyas reliquias son testimonio del buen gusto de la época, debió de consagrarse con ceremonias impresionantes. Augusto lo menciona en su testamento: "A mi regreso de España y la Galia —tras haber pacificado aquellas provincias—, el Senado votó que un altar a la Paz Augusta fuese consagrado en el Campo de Marte para celebrar mi feliz llegada, ordenando que cada año sacrificaran allí los magistrados, los sacerdotes y las vírgenes vestales".

He aquí todavía en el año 13 un altar para conmemorar el feliz resultado de una





expedición guerrera de Augusto. Recordemos que desde el 45, en que acompañó a su tío en la campaña contra los pompeyanos, Augusto ha tenido que consagrarse casi constantemente a las empresas militares. Sorprende su actividad: aquel hombre enfermizo, siempre a punto de morir, recorre las distantes provincias, donde permanece a veces meses y años. Cuando él no puede más, parte en su lugar Agripa, quien soluciona los negocios de modo concluyente. Tiberio y Druso, los hijos adoptivos de Augusto, corren también de campaña en campaña. A pesar de las calumniosas historias

con que le denigran escritores tardíos, queda claro que Tiberio es el mejor general de su tiempo. Druso murió el año 9 a. de J. C., en Germania, de una caída de caballo, cuando había conseguido llevar las legiones hasta el Elba. Al tener noticia de la desgracia de Druso, Tiberio partió disfrazado, con un solo ayudante, y llegó a tiempo todavía de asistir a la muerte de su hermano. Por fin, después de una marcha funeral que duró varias semanas, el cuerpo de Druso llegó a Roma; Tiberio hizo el camino a pie, en señal de duelo, a la cabeza de la comitiva.

Agripa murió el año 12 antes de nuestra

El foro de César, construido en tiempos de Augusto. De su antiguo esplendor son muestra evidente las tres esbeltas columnas con capiteles corintios unidas por un fragmento de arquitrabe. Las columnas del primer plano son las del pórtico que rodeaba el templo.



Camafeo de Augusto que conmemora la victoria de Tiberio —en el ángulo superior izquierdo, descendiendo del carro— sobre los germanos el año 7 de nuestra era (Kunst-historisches Museum, Viena). En el centro, la madre Roma observa a Augusto, el verdadero triunfador, que es coronado. Abajo, unos soldados levantan un trofeo, mientras otros arrastran a unos prisioneros.

era. Se sintió enfermo, acaso rindió la fatiga, al regresar de una expedición a Panonia, y fue a restablecerse a una de sus villas cerca de Nápoles. Cuando Augusto llegaba a su lado, Agripa acababa de fallecer. Nunca monarca alguno pudo hallar más noble colaborador. Ni una palabra de censura se encuentra en los historiadores enemigos de la casa de Augusto que pueda rebajar la noble memoria de Agripa.

Los hijos de Agripa y Julia, en los que Augusto había puesto durante unos años todas sus esperanzas para asegurar la sucesión, murieron prematuramente al servicio

del estado. Uno de ellos, Lucio, falleció en Marsella el año 2, cuando recorría la región para enterarse de su estado y necesidades. El otro, Cayo, a quien Augusto en sus cartas llamaba “pupila de mis ojos”, murió dos años más tarde, de resultas de una herida, cuando dirigía una expedición contra Armenia; no tenía aún veinte años.

El período del Imperio romano desde Augusto hasta Constantino aparece ahora como una etapa de crecimiento. No es el resultado definitivo, del “César con un cetro y una espada”, que Dante soñó en la Edad Media y que hubo de desearse en el Renaci-

miento. Los pueblos, mediante la máquina imperial romana, aprendieron a conocerse a sí mismos y a sus vecinos. Tuvieron que suspender sus querellas intestinas: primero, para hacer frente a las legiones; después, cuando se sometieron, reconociendo su inferioridad delante de Roma, ésta les obligó a mantenerse en un régimen de paz que permitía la explotación de las riquezas naturales y el cambio de productos de unas regiones con otras.

El Imperio romano fijó unas fronteras provinciales que han quedado definitivas para Europa y Asia. No quiere esto decir que la administración imperial romana diese origen a las actuales naciones del Viejo Mundo, pero las divisiones y subdivisiones administrativas del Imperio contribuyeron mucho a su formación doce siglos más tarde. Algo también ayudaron a crearlas las antiguas diócesis y circunscripciones militares que sobrevivieron durante casi toda la

Restos del templo de Venus en Roma, adosado al teatro de Pompeyo. La diosa Venus, derivación romana de la Afrodita griega, era la madre ancestral de la familia Julia. Por eso, desde Julio César se la llamó Génitrix.



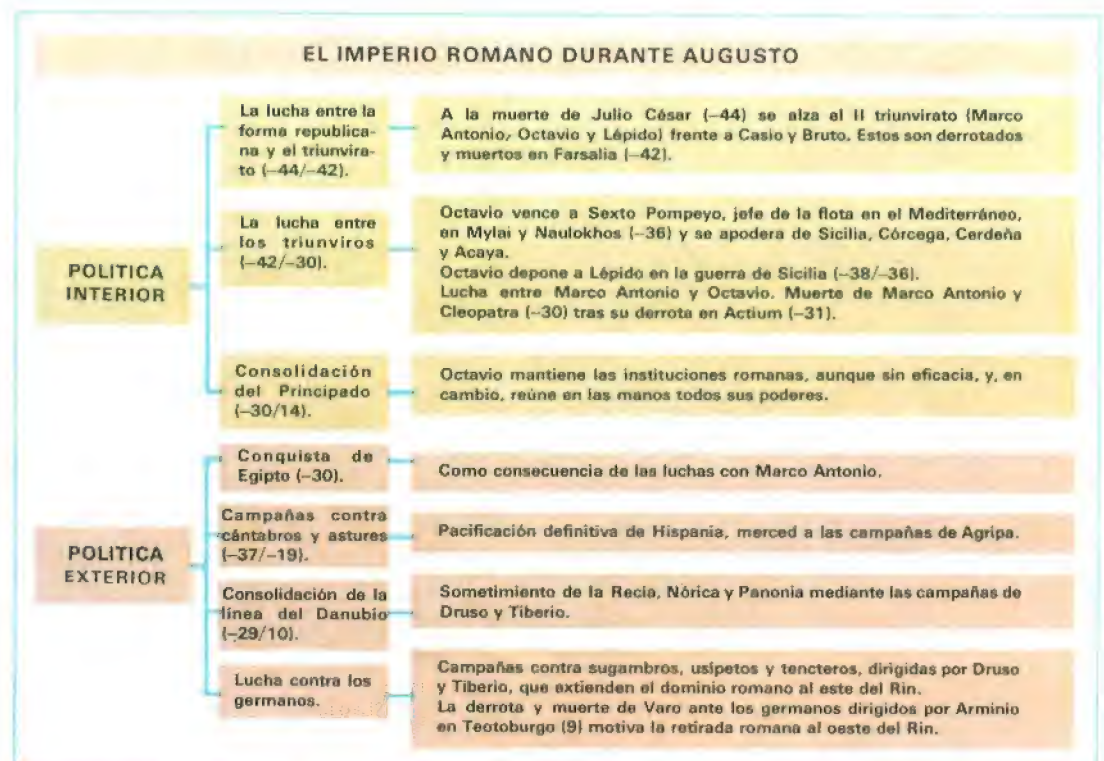
CRONOLOGIA DE AUGUSTO (63 a. de J. C. a 14 d. de J. C.)

- | | | |
|--|--|--|
| <p>63 Nace en Nola. Su nombre era Cayo Octavio (<i>Gaius Octavius</i>), hijo de Cayo Octavio y Atia, sobrina de Julio César.</p> <p>46 Lo adopta Julio César y toma el nombre de Cayo Julio César Octaviano (<i>Gaius Julius Caesar Octavianus</i>).</p> <p>45 Participa en la campaña de Hispania y es nombrado comandante de caballería (<i>magister equitum</i>).</p> <p>44 A la muerte de Julio César se le reconoce como su heredero (<i>lex curiata</i>).</p> <p>43 Es elegido cónsul. Tras el acuerdo de Bolonia (octubre) por la ley Ticia (27 de noviembre), es nombrado triunviro conjuntamente con Marco Antonio y Lépido durante cinco años.</p> <p>42 Victoria de Marco Antonio y Oc-</p> | <p>tavio en Filipos sobre Bruto y Casio.</p> <p>40 Tratado de Brindis entre los triunviros con un nuevo reparto territorial.</p> <p>37 Prórroga por cinco años de los mandatos de los triunviros por el tratado de Tarento.</p> <p>36-35 Expedición afortunada de Octavio por la cuenca del Danubio.</p> <p>32 Expulsa de Roma a los cónsules Cayo Sosio y Cneo Domicio Ahenobarbo, simpatizantes con Marco Antonio. Declaración de guerra a Cleopatra de Egipto.</p> <p>31 Es de nuevo elegido cónsul y vence a Marco Antonio en Actium.</p> <p>30 Ocupa Egipto y se le concede la potestad tribunicia de por vida.</p> <p>28 Se denomina <i>princeps</i> de los senadores.</p> | <p>27 Renuncia a sus poderes extraordinarios, pero le son prorrogados por diez años y se le concede el título de <i>Augustus</i>.</p> <p>23 Somete la conjuración de A. Terencio Varrón Murena. Recibe el nombramiento de <i>imperium proconsulare maius</i> (generalísimo de todos los ejércitos).</p> <p>19 Recibe la "censura" por cinco años y la potestad consular vitalicia.</p> <p>18 Asocia en el gobierno a Agripa.</p> <p>12 Es elegido pontífice máximo a la muerte de Lépido. Muerte de Agripa.</p> <p>8 Muerte de Mecenas y reforma del calendario juliano.</p> <p>2 Se le concede el título de padre de la patria (<i>pater patriae</i>).</p> <p>14 Muerte de Augusto en Nola, a quien sucede Tiberio.</p> |
|--|--|--|

Edad Media, trazadas sobre el cuadrículado que hubo de crear la burocracia imperial para el catastro y los impuestos.

Además, si el Imperio, en la Roma republicana, parecía un retroceso a la monarquía, en provincias representaba un enorme progreso hacia el régimen civil. Las Hispa-

nias y las Galias salieron para siempre de la barbarie prehistórica en que vivían antes de la llegada de las legiones. En Asia, la administración romana significaba algo mejor que los pequeños déspotas locales, o los mandatarios de sanedrines que se regían por prejuicios absurdos y abominables supers-



*Augusto con un pergamino en la mano,
imagen del legislador
(Museo del Louvre, París).
Entre las medidas de política interior
adoptadas por Augusto, fue la más
importante la reforma financiera,
según la cual normalizó la diversidad
y cuantía de los impuestos
en perjuicio de los propietarios
de haciendas y en bien del ejército.*

ticiones. Un gobernador extranjero, como Poncio Pilatos, parecía preferible a un Cai-fás o una aristocracia levítica corrompida.

Las lenguas de los aborígenes del oeste de Europa se continuaron empleando en el hogar, pero así como los indios americanos se valen del inglés o el español para entenderse los de distintas tribus, del mismo modo el latín pasó a ser no sólo el lenguaje oficial de la administración, sino una lengua intertribal para entenderse unos con otros. En el Asia, el griego se había hecho el idioma internacional después de Alejandro; de modo que sólo dos lenguas, el latín y el griego, eran suficientes para comerciar en el mundo romano ya desde los tiempos del emperador Augusto. Ambas eran admitidas en el Senado, y la Iglesia católica conservó esta tradición bilingüe durante varios siglos.

Pero lo que unificó más al Imperio fue el culto común al emperador divinizado. Es casi seguro que César tuvo ya conciencia de esta necesidad y, contra lo que podía



Cabeza de Druso, hijo de Livia en su matrimonio anterior al de Augusto (Museo Romano, Brescia). Como general del Imperio fue a la Galia y, tras apaciguar a sus moradores, cruzó el Rin y guerreó contra los germanos. Muerto en accidente el año 9, su hermano Tiberio trasladó a Roma su cadáver y lo enterró en el mausoleo de Augusto.





Livia, esposa de Augusto, representada como sacerdotisa. Al casarse con el emperador aportó al matrimonio dos hijos: Druso y Tiberio, habidos de su primer marido. Druso murió joven haciendo la guerra. Tiberio se benefició de la también temprana muerte de los elegidos para ocupar el trono; fue adoptado por Augusto y le sucedió como emperador.

esperarse de un temperamento tan práctico como el suyo, permitió que le llamaran hijo de Venus, descendiente de Eneas, etc. César debió de comprender que nada podía fundir mejor los miembros heterogéneos del gran Imperio romano que el establecimiento de un culto común. No podía exigirles que aceptaran los antiguos dioses de Roma ni esto hubiera sido compatible con las ideas religiosas de la época. Cada pueblo tenía sus dioses tutelares y, a menos de ser adoptado como ciudadano, no podía un extraño disfrutar de la protección de aquellos dioses.

Por otra parte, repugnaba a los romanos la divinización de un ser mortal. En el discurso ya citado de Mecenas a Augusto, aquél le aconsejó que no permitiera que se labra-

ran en su honor estatuas de oro y plata. Pero lo que Mecenas quería evitar era inevitable. El Oriente y Egipto no podían, o no querían, dejar de adorar al monarca como una encarnación de un dios. Ya Alejandro tuvo que transigir cuando los egipcios se empeñaron en reconocerle como hijo de Amón. Pronto a César Augusto se le llamó *Sebastos*, que en griego quiere decir "el divino", y templos y altares en su honor se erigieron por todo el Imperio. Hasta los pueblos de más allá de las fronteras se acostumbraron a asociar el título de César con la idea de algo superior a un rey. Los nombres teutónico y eslavo de *Kaiser* y *Tsar* son derivaciones del de *Caesar*.

Por lo general, el culto de Augusto iba asociado al de la nueva diosa Roma. Es muy difícil precisar hasta qué punto se creía que tales dioses podían beneficiar la salud espiritual y corporal de sus devotos. Pero un culto, además de ser la manifestación de una fe, sirve para dar color y sentimiento a cada hora de la vida. Los pueblos del Imperio debían mostrarse agradecidos a Augusto por haberles proporcionado una nueva forma de ritual. Y, con todo, había llegado, en esto, la plenitud de los tiempos... Pronto se predicaría a los hombres que debe adorarse a un Dios único en espíritu y en verdad.

Acaso algunos espíritus superiores podían comprender toda la profundidad de esta doctrina, pero la mayoría de las gentes semibárbaras del Imperio no podían llegar a tanta abstracción mental; por esto se entregaron fanáticamente al nuevo culto. El año 10 a. de J. C. se consagraba el altar gigantesco de Augusto y Roma en Lyon, de las Galias, y un noble galo, llamado Vercundarus, fue elegido sumo sacerdote de la congregación encargada de sus ritos. Varios miembros de la familia imperial debieron de estar presentes en la inauguración del altar de Lyon, porque en el mismo día de la ceremonia nació allí el hijo de Druso y Antonia, que después fue el emperador Claudio. Sea como fuere, los jefes bárbaros de largas cabelleras, congregados en Lyon, aclamaron como a un dios al sobrino de aquel Julio César que pocos años antes los había sometido tras una guerra de conquista y una honrosa paz.

Otra iniciativa de Augusto que contribuyó mucho a la unificación del Imperio fueron los llamados *censos*. Augusto ordenó tres censos de Italia: uno el año 28, otro el 12 a. de J. C. y el tercero el 14 de nuestra era. El censo no era sólo una lista de los habitantes de cada provincia, sino, en rigor, un verdadero estado de cuentas, algo así como lo que hoy llamamos el catastro, aunque mucho más completo. Esta labor colo-

sal la había iniciado César, para todo el Imperio, el año 48, pero no se concluyó hasta mucho más tarde. Un tal Zenodoto estuvo encargado de dirigir la compilación del censo en las provincias de Oriente y no acabó su tarea hasta el 31. Teodoto, que dirigía la obra del censo en el Norte, lo completó el 25, y Dídimo y Policeto, que estaban encargados de hacerlo en las provincias del Sur y del Oeste, no lo terminaron hasta mucho más tarde. Tenían a sus órdenes un verdadero ejército de agrimensores, y con los datos geográficos y estadísticos que reunieron formó Augusto el *Breviarium totius imperii*. Era un inventario exacto del Imperio, con el número de soldados, la cantidad acumulada en el tesoro, las contribuciones cobrables y atrasadas y el nombre de los responsables de estos atrasos. Por fin, a modo de apéndice, escribió en el *Breviarium* ciertas máximas que deseaba recordaran sus sucesores; éstas eran: no conceder demasiado aprisa la ciudadanía a los provincianos; escoger oficiales hábiles para la administración, pero no dejarles presumir que son necesarios, y, sobre todo, no extender más las fronteras del Imperio.

Augusto murió en Nola el año 14. Enfermó cuando todavía viajaba, a la edad de setenta y seis años. A pesar de su naturaleza siempre delicada y de terribles crisis en que se temió que sucumbiera, Augusto había sobrevivido a muchos más fuertes que él. Dejaba para sucederle a su hijastro Tiberio, ya de más de cincuenta años, frío y reservado, pero el mejor conocedor, entre todos los romanos de su tiempo, así de los problemas del Oriente como de los del Occidente.

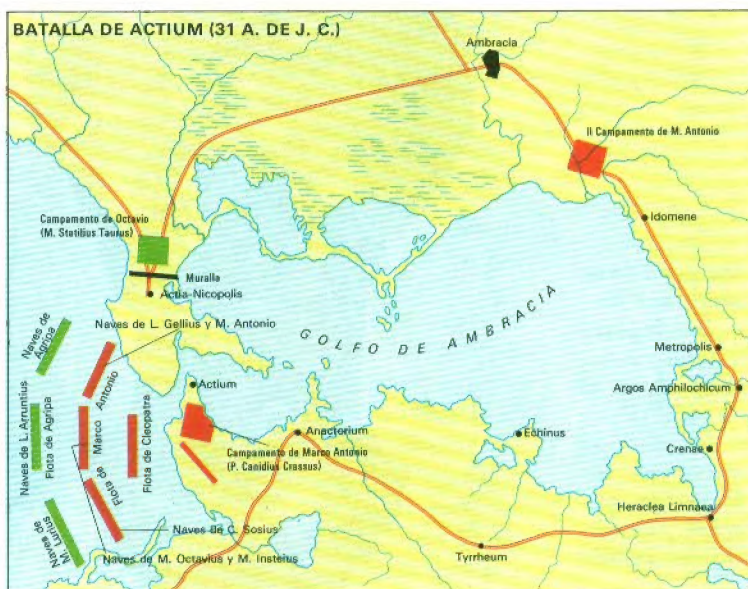
Tiberio presidió el funeral de Augusto y leyó en el foro el elogio que nos ha conservado Dion Casio. Después de enumerar las virtudes y los méritos de Augusto, acababa así: "Era justo que le hicierais vuestro jefe y el padre del pueblo, y le concedierais tantas muestras de estima con sus varios consulados, y finalmente le proclamarais inmortal. No debemos, pues, llevar duelo por él, sino sólo devolver este cuerpo a la tierra y glorificar para siempre su espíritu como el de un dios".

Pero la verdadera glorificación de Augusto no proviene de su Imperio ni de los templos y altares levantados en su honor. Son los grandes poetas de la época, especialmente Horacio y Virgilio, los que dan a su nombre un resplandor que no han logrado apagar los siglos.

Claro está que Augusto no hizo más que protegerles, e incluso, en ocasiones, indirectamente por mediación de Mecenas, pero es seguro que sin los sentimientos que inspiraba Augusto a los que le rodeaban, no



Reconstrucción ideal de un soldado romano de cualquiera de las legiones que bajo Augusto defendían y ensanchaban los límites del Imperio (Museo Nacional, Roma).





Ruinas del Palatino, cuyas construcciones evolucionaron a la par que el Imperio. Aquí nació Augusto y, después de la batalla de Actium, fijó su residencia en la que se llamó Domus Augustana.



Octavia, hermana predilecta de Augusto y madre de Claudio Marcelo, a quien Augusto casó con su hija Julia y nombró sucesor suyo. Pero el elegido murió a los diecinueve años y la elección de Augusto recayó en los hijos de Julia y Agripa, que también murieron jóvenes, lo que posibilitó la subida de Tiberio al trono.

hubieran podido entonar los vates de su época el grandioso concierto de sus rimas, que es lo más elevado que ha producido el espíritu latino. Y de esto dan testimonio los mismos artistas ya en su propia obra. Horacio, que había combatido en el ejército republicano contra Octavio, manifiesta siempre hacia la persona de Augusto una sorda antipatía, pero debe reconocer los grandes beneficios que ha producido su gobierno. Virgilio dirige a Augusto aquellos versos memorables:

*Deus nobis haec otia fecit.
Namque erit ille mihi semper deus,*

que, traducidos, dicen así: Un dios (Augusto) para nosotros, este ocio (esta paz) nos hizo. — Por esto será él, para mí, siempre un dios.

A menudo se repite que Roma no produjo arte original y que en literatura reprodujo, empobrecidos, los modelos griegos. Pero ésta es una vulgaridad que sólo mantienen hoy los que conocen superficialmente el arte romano, acaso porque en ellos perdura todavía el mal humor de los días de la niñez, cuando tuvieron que aprender las declinaciones latinas a palmetazos.

En cambio, por espacio casi de veinte siglos los hombres instruidos de cada generación se han complacido en la maravilla de sentimiento y perfección que aparece en los versos de Horacio y Virgilio. El que pensara obtener un anticipo de su belleza leyéndolos en traducciones, se equivocaría por completo; en especial, Horacio es casi intraducible. Hasta fray Luis de León y el polígrafo Menéndez y Pelayo se han estrellado al querer reproducir en castellano el *ingenium*, *mens divini* et *os magna sonitorum* (genio, inspiración y elevada dicción) que Horacio infundía en sus versos.

El lector mismo podrá juzgar, aun sin ser latinista: traducimos genio por *ingenium*, inspiración por *mens divini* y, sobre todo, *os* (lengua) *magna sonitorum* por elevación de lenguaje. ¡Cuán pobre valor el de nuestras palabras al lado de las de Horacio! Por lo general, hay que emplear paráfrasis y sentencias complicadas para expresar lo que Horacio dice en tres o cuatro palabras, que forman un verso. Hasta fórmulas claras, como sentencias, no pueden decirse mejor ni más concisas de como las dice el gran poeta:

*Romae Tibur amem ventosus,
Tibure Romam,*

querrá decir: Yo, voluble como el viento.

ASPECTOS DE LA VIDA DIARIA DE LOS ROMANOS BAJO AUGUSTO

Aunque la época imperial llena un largo capítulo de la historia romana, se puede afirmar que al acabar la República, Roma había realizado ya su conquista del mundo. Cuando Augusto subió al poder, Roma era el centro del Imperio al que llegaban diariamente las rentas de las anteriores conquistas. Por las aguas del Tíber remontaban de continuo barcos de procedencia diversa que iban a descargar al puerto del Aventino. De Hispania y la Galia llegaban oro, plata, cobre y plomo; madera de los Alpes; púrpura de Tiro; artesanía de Grecia. Tanto las provincias prósperas de la península itálica, donde era común la explotación latifundista, como las pobres del Norte, aún sujetas a la sencilla economía agrícola, estaban habitadas por una población fiel al pasado. Éste era el mayor tesoro de Roma, tesoro que, desgraciadamente, ya se había perdido en la capital. La gran obra restauradora de Augusto no pasó de lo material, pues no pudo devolver a los romanos las virtudes antiguas.

Veamos cómo se desarrollaban los primeros años del ciudadano romano. Según la antigua costumbre romana, el padre era el primer maestro del hijo y tenía que enseñarle la disciplina más difícil: la vida. Hasta en las ceremonias sagradas, como se muestra en los relieves del Ara Pacis, el niño acompañaba a su padre y aprendía que a su muerte debería cuidar de su tumba y celebrar sobre ella los debidos sacrificios. A la edad de seis o siete años, esta primera formación en los nobles ideales de la bondad y la religiosidad era incrementada con el ingreso del niño en la escuela, donde un *ludi magister* le iniciaba en los conocimientos esenciales: leer, escribir y hacer cuentas.

La enseñanza media se desarrollaba bajo la guía del *grammaticus*, que perfeccionaba los anteriores conocimientos y enseñaba al alumno la lengua y literatura griegas y latinas —obligatorias para todo hombre culto— y algunas nociones de física y astronomía, según los modelos

de los sabios griegos. En este período se aprendían de memoria largos pasajes de poetas y narradores clásicos, que luego el romano citaba oportunamente durante toda su vida. Los *Annales* de Ennio, poema épico que narra la historia de Roma, fue uno de los textos principales de memorización.

Seguía a esta etapa la escuela del *rhetor*, una especie de maestro de elocuencia. En sus clases enseñaba el análisis literario de autores latinos y griegos —no se olvide que el pequeño romano era bilingüe y que su griego, aprendido de labios de un liberto heleno, criado de la casa, era muchas veces exquisito—. Pero la labor principal del *rhetor* era la iniciación en la composición literaria y la elocuencia que impregnaban toda la vida pública de Roma. El ciclo quedaba completo con la adquisición de una vasta cultura y finalizaba con un viaje y estancia en alguna de las capitales del saber: Atenas, Pérgamo, Alejandría...

Estas etapas de la educación del joven romano concluían a los dieciséis años, pues a esta edad ingresaba en el ejército. Los años de servicio militar eran más cuanto más rico fuera el ciudadano y revestían extraordinaria importancia de cara a la futura carrera política del soldado. Nadie que no hubiese cumplido como mínimo diez años de servicio en el ejército podía aspirar, a su regreso, a hacer una brillante carrera pública. Los grados por los que se había de ascender al consulado —a saber, cuestor, edil, pretor y censor— eran tanto más fáciles de superar cuanto mayores hubieran sido los servicios prestados a la patria.

Terminado el período de las armas, el ciudadano romano regresaba a su lugar de origen y se incorporaba a las actividades que tradicionalmente venía desarrollando su *gens*. La *gens* era un grupo de familias que descendían de un antepasado común, del cual habían recibido un nombre específico. Éste era uno de los tres nombres que llevaba todo ciudadano romano. Pri-

mero el suyo propio; luego el de la *gens* a que pertenecía y por último el de la propia familia.

Para ofrecer al pueblo el cuadro de una nueva existencia, Augusto puso en práctica una doble política de obras públicas. En construcciones oficiales multiplicó los monumentos espléndidos, con objeto de convertir en ciudad de mármol la ciudad de ladrillo que él había encontrado. El foro de Augusto y el teatro de Marcelo fueron construidos en su tiempo, y restaurado el teatro de Pompeyo.

En cambio, en las construcciones funcionales de la ciudad o fuera de ella, Augusto mandó evitar en lo posible el lujo innecesario y cuanto se apartara de la línea iniciada por él hacia la practicidad de la vida y las costumbres. El interior de las grandes villas familiares, recubierto antaño de ricos mármoles, es ahora decorado con paisajes campestres, decoración mucho más económica y, al mismo tiempo, más adecuada, pues devuelve a la vista del romano el paisaje que su ciudad va perdiendo debido a la reciente proliferación de *insulae* en los barrios centrales.

En la *insula*, equivalente a la manzana de las modernas ciudades, los apartamentos se amontonaban en un cuadrado, sin patio interior, y alcanzaban una altura de tres a cinco pisos, los superiores hechos de madera para que el excesivo peso no derrumbara la edificación. Pero la falta de reglamentación en cuanto a la construcción y ocupación posterior hacía que la mayoría de los inmuebles estuvieran superpoblados, incrementándose así los derrumbamientos y los incendios, que prendían rápidamente en la madera. El incendio de muchas de estas *insulae* provocado por Nerón en el 64 permitió la edificación de una nueva ciudad, con la limitación de altura en las *insulae*, control en el empleo de los materiales de construcción y una anchura mínima obligatoria de las calles.

V. G.

en Roma amaré (desearé) a Tívoli, en Tívoli (desearé) a Roma.

O este otro:

*Caelum non animum mutant
qui trans mare currunt.* -

(Los cielos, no su alma, cambian los que el mar cruzan.) Y aun éstos son versos con ideas aisladas, como refranes, pero cuando los conceptos se reparten en dos o tres líneas la traducción es imposible.

Y, sin embargo, hasta durante los siglos de mayor barbarie de la Edad Media los estudiosos encontraron un refugio en los versos de los poetas de la época de Augusto. A la sombra de los claustros, los monjes considerarían como un ensueño aquella Roma de mármol, donde vivían hombres que podían hablar con entera libertad de sus terrenas sensaciones. Más tarde, Horacio y Virgilio especialmente fueron el modelo —lo son todavía— de lo que llamamos hombres cultos, civilizados. No hemos podido ir más allá en el Occidente.

BIBLIOGRAFIA

Andreotti, R.	<i>L'impero romano</i> , vol. II de "Storia Universale", dirigida por E. Pontieri, Milán, 1959.
Bosch Gimpera, P., y Aguado Bleye, P.	<i>La conquista de España por Roma</i> , en <i>España romana</i> , vol. II de la "Historia de España" dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, 1955.
Columba, G. M.	<i>L'impero romano. I. Da Cesare ai Flavii, 45 a. C. - 96 d. C.</i> , Milán, 1944.
Ferrabino, A.	<i>Nuova Storia di Roma. III. Da Cesare a Traiano</i> , Roma, 1947.
Gagé, J.	<i>Res gestae divi Augusti</i> , Estrasburgo, 1950.
Garzetti, A.	<i>L'età romana</i> , en vol. II de "Storia Politica Universale", dirigida por F. Curato, Novara, 1966.
Levi, M. A.	<i>L'impero romano</i> , Turín, 1963.
Paribeni, R.	<i>L'età di Cesare e di Augusto</i> , en "Storia di Roma", Bolonia, 1950.
Piganiol, A.	<i>Histoire de Rome</i> , vol. III de "Clio", París, 1962 (5.ª ed.).
Salmon, E. T.	<i>A History of the Roman World from 30 B. C. to A. D. 138</i> , Londres, 1957 (3.ª ed.).
Scullard, H. H.	<i>From the Gracchi to Nero</i> , Londres, 1963 (2.ª ed.).



Inicial miniada de un manuscrito del siglo XV de la Biblioteca de El Escorial en que se representa al geógrafo griego Estrabón, que vivió en Roma en tiempos de Augusto y escribió sobre la geografía del Imperio romano una obra en diecisiete volúmenes que se conserva casi íntegramente.